

Martín Aguilar, *Movimientos sociales y democracia en México, 1982-1998. Una perspectiva regional*, Editorial Porrúa/Universidad Veracruzana, México, 2009.

DE PARTIDOS Y MOVIMIENTOS

El libro es producto de la tesis de doctorado en Ciencias Políticas del autor, en el Instituto de Estudios Políticos de Grenoble y la Université Pierre Mendés de Francia. Son varios los temas de mi interés que se vinculan estrechamente con la investigación que realizo actualmente acerca de la construcción de identidades colectivas y la cultura política en los movimientos sociales, el análisis de repertorios de la movilización, que implica todo ello una articulación con el concepto de las atribuciones que los actores tienen sobre la estructura de oportunidades políticas, de la vinculación de los movimientos sociales con organizaciones partidarias y la aportación de los movimientos en la transformación democrática. Es decir, muchos de estos aspectos están planteados a detalle en el libro de Aguilar. Abren un espacio de reflexión sobre temas fundamentales de los movimientos sociales. De todos ellos, en esta reseña me centraré en el tema partido-movimiento. Quisiera, no obstante, iniciar en primer término exponiendo en general mi propia lectura, subrayando aquellos elementos que me fueron más motivadores y destacando sus aportaciones.

El objetivo de la investigación de Martín Aguilar es conocer el impacto de los movimientos sociales, especialmente de carácter regional, en el proceso de democratización del sistema político mexicano. Las hipótesis centrales son que los movimien-

tos sociales han influido en el proceso de transformación del sistema político autoritario; que en su desarrollo entran en un proceso de politización casi inevitable, porque para alcanzar sus reivindicaciones tienen que, forzosamente, enfrentar al corporativismo, al clientelismo del partido hegemónico y al Estado autoritario; que los movimientos se plantean la autonomía e independencia con respecto al Estado y al partido de Estado, pero para ello tienen necesariamente que vincularse con otras organizaciones políticas, con las que paradójicamente establecen relaciones de subordinación y/o autonomía con diferentes grados. Aguilar es contundente en la perspectiva analítica, ya que la relación entre los movimientos sociales y el sistema político es muy compleja. No se trata solamente de medir su impacto, de analizar cómo los movimientos sociales entran y salen del sistema político, sino de comprender de qué forma nace este proceso y qué tipo de transformaciones se producen.

El libro trata sobre la década de los noventa, con tres experiencias regionales: La Unión El Barzón, que surge en Zacatecas; el movimiento campesino indígena y la coordinación por la defensa de PEMEX en Veracruz, y el movimiento político en Tabasco. El libro aborda un tema que muestra una impresionante actualidad en 2010. Me explico: en 2009, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), partido al que prácticamente en todos los movimientos analizados en el libro se asoció de distinta manera, cumplió 20 años de existencia, pero la conmemoración pasó más o menos desapercibida. Que yo recuerde, el de Jorge Cadena en la UNAM fue uno de los pocos que organizó un evento junto con la fundación socialdemócrata alemana Friedrich Ebert. Una de

las mesas trató la relación del PRD con los movimientos sociales y las preguntas de discusión estuvieron casi siempre en el sentido de conocer precisamente las experiencias regionales. Es un tema fundamental, por razones de contexto, pues 2009 fue año de elecciones intermedias donde los grandes perdedores fueron tanto el Partido Acción Nacional (PAN), el propio presidente Calderón miembro panista, como el PRD, por su debacle ética y política, con profundas fracturas internas, no sólo por el resultado electoral, sino por la escenificación de golpes bajos entre las principales corrientes en muchas regiones y distritos (léase Nueva Izquierda *versus* Andrés Manuel López Obrador). Fue tal el desgaste que muchos apostaron por la escisión. Pero en diciembre de 2009, en el Congreso Nacional del PRD, a pesar de la gran diferencia entre dos orientaciones en oposición sobre la construcción del partido, nada cambió, todo siguió igual, aunque en su sombra las diferencias se van polarizando cada vez más.

En una charla, Héctor Díaz Polanco comentó sobre estas dos visiones de construcción del partido que tenían que ver, por un lado, sobre la perspectiva de un partido de representación electoral, y, por otro lado, sobre la necesidad de promover no sólo la democracia participativa, así decía, sino la democracia directa. En el marco de una línea de pensamiento de construcción de un partido político, la democracia directa significa un estrecho vínculo entre partido y movimiento, tal como lo expresa Martín Aguilar con la experiencia del movimiento político de Tabasco. Hoy, la corriente Izquierda Democrática Nacional (IDN) se ha propuesto la construcción del PRD como partido movimiento, y esa fue su oferta en el congre-

so de diciembre de 2009. La justificación de una propuesta así es aceptable, aunque la fórmula operativa de este vínculo contiene, en el proyecto, muchas imprecisiones. Propone territorializar la acción partidaria, con una lógica orientada hacia el movimiento urbano y campesino, lo que deja de lado la relación del partido con el movimiento de trabajadores y sindicatos. Una crítica categórica, una de muchas, que justifica la renuncia de la exsenadora Rosalbina Garabito al PRD apenas en 2008, es la transformación de este partido en lo que ella llama un partido de economía informal, además de premoderno, por dos causas principales: por haber reproducido la ideología nacionalista priista y corporativa y por haber consolidado el caudillismo, multiplicado en todas las instancias verticales del partido. Dos aspectos bien señalados en el libro de Martín Aguilar. El autor dice: “La ideología enraizada en estos movimientos es la de un nacionalismo democrático.” Acepto esta afirmación por las evidencias empíricas tan contundentes en el libro. No obstante, en otros movimientos, incluso en el obrero, hoy, la cultura inamovible de los trabajadores es la de un nacionalismo chovinista, conservador, que asume la lucha de clases como contestación inevitable y como destino fatal de los trabajadores, pero como componente aceptan el propio derecho de los empresarios nacionales a la propiedad privada. Los trabajadores proponen simplemente un trato justo en las relaciones laborales y aceptan la imposición verticalista de su jerarquía sindical. Es más, estarían dispuestos, así me han dicho, a defender a Carlos Slim, uno de los hombres más ricos del planeta, de sus competidores extranjeros, con tal de mantener sus puestos de trabajo.

Regreso, pues, a la dupla partido-movimiento. Con anterioridad dije que la corriente IDN propone la organización de comités de base, que sería el núcleo de organización de la gente; sería este, además, el órgano de decisión fundamental y no las cúpulas. Implicaría, así lo asegura, la formación de una coordinadora de comités de base, de colonia, pueblo o comunidad, donde se nombrarían representantes al consejo municipal, estatal y nacional del partido. Ahí, en esa representación, habría una dirección, pero se movería por mandato. Tampoco se trataría —así se explica— de provocar una imposibilidad de las direcciones, aunque la idea central es que las direcciones se conviertan en realidad en representantes populares.

Me parece importante esta referencia porque a pesar del entusiasmo de Díaz Polanco, existe en este discurso una confusión al ubicar en primer lugar al movimiento y a las organizaciones sociales como sinónimos. Y en segundo lugar al pensar la construcción de comités como una especie de órganos parapartidarios (una idea un poco alejada de la de movimiento) articulados para el trabajo electoral del partido. Martín Aguilar lo explica correctamente, cuando establece las diferencias regionales (y aunque no especifica las corrientes predominantes, aspecto que hubiese sido de gran utilidad analítica) entre la relación del PRD con El Barzón; el partido se articula principalmente a través de cuadros partidarios dirigentes. A diferencia con el movimiento político de Tabasco, donde el acercamiento se da a partir del líder carismático, Andrés Manuel López Obrador, como resultado de las elecciones fraudulentas locales. Experiencia que por cierto ayuda a entender mucho mejor el movimiento

contra el fraude electoral de 2006. Finalmente, se muestra una relación más respetuosa y recíproca, así lo entiendo, de las comunidades indígenas de Veracruz, vía la sensibilidad de las comunidades eclesiales de base.

La pregunta resulta nuevamente pertinente, pues pocos trabajos han abordado el análisis de la democratización desde los movimientos sociales. La tendencia en los estudios asume más bien que las transiciones a la democracia o a la liberalización del régimen se ubican en el impacto que el sistema de partidos, o los partidos mismos como actores estratégicos, hace en la estructura política. Los movimientos sociales son más bien ingredientes que se añaden a la estrategia partidista. La institucionalización se dirige al lado contrario, hacia la representación democrática. Otros han vinculado más los movimientos sociales con los sistemas políticos en América Latina para explicar la construcción de las nuevas democracias, como el de Adel Mirza, de CLACSO. Su análisis se reduce —como critica Martín Aguilar a las corrientes de pensamiento de este estilo— a ponderar estadísticamente las entradas y salidas del sistema político. En cambio, Przeworski, uno de los autores que más ha influenciado los estudios de las transiciones y la democratización, analiza en uno de sus numerosos artículos, por cierto poco reconocido por “los transicionistas”, el papel fundamental de los movimientos sociales, especialmente el caso de Solidarnosc durante la transición democrática de Polonia en la década de los ochenta.

El libro de Martín Aguilar explica este proceso desde otra mirada, en el sentido que realiza un análisis más cualitativo (realizó 70 entrevistas semiestructuradas),

desde la experiencia y la trayectoria de organización y confrontación de los movimientos, de su relación asimétrica y diferencial con los partidos políticos y observa, desde ahí y desde la historia regional, el impacto sobre los procesos de democratización.

El libro de Martín Aguilar es, desde mi propia lectura, una aportación a esta discusión. Los autores con los que debate son diversos y trata de conciliar las corrientes de Touraine y Charles Tilly, en un buen intento, pues como dice Wiwiorka, la dicotomía entre estas dos corrientes ha sido un falso debate. El autor, estudiando en Francia, mantiene un repertorio de textos de autores franceses muy importante, y en parte consigue hacer relucir, aunque a veces tímidamente, esas discrepancias. Si algo tendría que concluir en este sentido del libro de Martín Aguilar son dos cosas: una primera, que me hubiese gustado una mayor actualización de la discusión teórica y una mayor articulación de los capítulos empíricos con la teoría. Se infiere en su relato una crítica a la teoría de los nuevos movimientos sociales, pero faltó mayor contundencia. La investigadora Silvia Bolos comentó en un evento reciente sobre el desacoplamiento de la elaboración teórica, por ejemplo de Wiwiorka, con ciertas realidades específicas de los movimientos sociales en América Latina. Tiene razón. Para mí, la teoría de los nuevos movimientos sociales, con todo y la nueva definición que hace Wiwiorka de movimientos globales, asegura que estos se identifican por no tener liderazgos formales, ni organizaciones estables, ni se plantean la toma del poder. Son así apolíticos y culturales. La realidad mexicana, y latinoamericana, vista a través del libro de Martín Aguilar, desmitifica

tal elucubración. Los movimientos sí tienen liderazgos, a diferentes escalas y con jerarquías bien marcadas; sí están en vinculación con el partido, y esa articulación depende de la forma en que el partido se asume y se inserta en la dinámica propia del movimiento, y, en consecuencia, sí se plantean el asunto del poder, sobre todo y precisamente por el tipo de articulación que se pueda dar con el partido, respetando su autonomía o subsumiendo el movimiento a la estructura partidaria.

Sergio Tamayo
UAM-AZCAPOTZALCO

Ana Helena Treviño Carrillo y José Javier de la Rosa Rodríguez (coords.), *Ciudadanía, espacio público y ciudad*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2009, 435 pp.

Quiero iniciar mi reseña mencionando que tuve la oportunidad de conocer los trabajos y temas diversos tratados en el libro *Ciudadanía, espacio público y ciudad* en el seminario permanente Prácticas Ciudadanas y Espacio Público que tan atinadamente coordinaron Ana Helena Treviño y Javier de la Rosa, entre otros colegas del Centro de Estudios sobre la Ciudad de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Considero que la riqueza de dicho seminario la encontramos en haberse convertido en un espacio de conocimiento e intercambio de ideas y experiencias muy valiosas y necesarias para los estudiosos y personas preocupadas por la solución de los problemas sociales, culturales, económicos y políticos de la ciudad de México. Por otra parte, uno de sus resultados más